

LA REPATRIACIÓN DE LOS SOLDADOS ESPAÑOLES DE CUBA Y SU INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Yolanda Feal San Martín

Abogada y exdelegada del Comité Internacional de la Cruz Roja

SUMARIO:

1. Introducción. 2. Un desastre anunciado. 3. El perfil del superviviente, futuro repatriado militar. 3.1 ¿Quiénes eran?. 3.2 ¿Cuántos eran. 4. La repatriación. 5. El impacto en la población y repercusiones en las siguientes generaciones. 6. Conclusión. 7. Bibliografía.

1. INTRODUCCIÓN

«Y el Atlántico, mudo, los vio ir y los veía volver –no a todos– amarillos y pobres, con la licencia absoluta en el bolsillo y la tranquilidad serena del deber cumplido hasta el límite» (González, 1964: 198).

Probablemente el tema de este artículo constituya la mayor sorpresa que se ha llevado la autora desde que reside en España. La envergadura del esfuerzo nacional en cuanto a la acogida y cuidados de los repatriados de ultramar y sus consecuencias sobre toda una población y sucesivas generaciones le eran absolutamente desconocidas. Sin embargo y por motivos profesionales, esta guerra le resultaba muy familiar porque dio origen al

Segundo Convenio de Ginebra de 1949 para aliviar la suerte que corren los heridos, los enfermos y los náufragos de las fuerzas armadas en el mar, hecho conocido entre los juristas familiarizados con Derecho Internacional Humanitario¹. En efecto, de la hecatombe de la guerra hispano-norteamericana de 1898 surgió el X Convenio de la Haya de 1907 vigente durante las dos guerras mundiales².

El análisis se centra en los repatriados: «el ejército de derrotados», como fueron calificados por Miguel Molina Martínez. Este autor, prácticamente pionero en la materia, estudió las ayudas otorgadas por el Ayuntamiento de Granada en 1897 a aquellos soldados granadinos regresados en total desamparo por estar incapacitados para el trabajo y hundidos en la miseria. La documentación sobre las ayudas aportadas para atender las necesidades vitales de aquellos desgraciados demuestran las calamidades sufridas en Cuba, entre otras, las enfermedades tropicales, primera causa de mortalidad entre los soldados españoles; sin olvidar la causa que estaba en el origen de todas las demás: la incorporación a una guerra de soldados malnutridos y sin preparación.

Hasta la conmemoración del centenario del «98», el tema de los repatriados ha sido una cuestión relativamente desatendida mientras otros aspectos han sido ampliamente estudiados como «la política militar de Martínez Campos, Weyler o Blanco, el papel de la prensa, la intervención estadounidense, las negociaciones del Tratado de Paz» y por supuesto «el hundimiento del acorazado americano *Maine*, evento clave y detonante de la guerra» (Rafael Núñez Florencio, *ápu*d Gómez, 2000: 6)³.

Por ello hemos querido centrar este trabajo en las condiciones y consecuencias de la repatriación. Ha de tenerse en cuenta que algunas fuentes bibliográficas utilizadas no están publicadas sino a disposición, solo para consulta, en el Centro de Documentación en la sede en Madrid de Cruz Roja Española (CRE). El fondo de dicho Centro es de una riqueza sorpren-

¹ II Convenio de Ginebra para aliviar la suerte que corren los heridos, los enfermos y los náufragos de las fuerzas armadas en el mar, 1949:

<https://www.icrc.org/spa/resources/documents/treaty/treaty-gc-2-5tdkwc.htm>

² Que a su vez reemplazaba el III Convenio de La Haya de 1899 — Convenio para aplicar a la guerra marítima los principios del Convenio de Ginebra. Nahlik, Stanislaw E. (1984). «Compendio de Derecho Internacional Humanitario: Abreviaturas». Tomado de Separata de la *Revista Internacional de la Cruz Roja*, n.º 64, julio-agosto de 1984: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/misc/5tdmrc.htm>

³ En su trabajo sobre la materia, M. T. Gómez Martín señala que tras dos años de búsqueda (1998-1999) ha localizado numerosos artículos pero ningún libro. De los más de cuatrocientos registros sobre 1898 que aparecen en la base de datos del CINDOC (Centro de Información y Documentación del CSIC) solo siete estaban dedicados exclusivamente a la repatriación (Gómez, 2000: 8).

dente y probablemente desconocida del público. La documentalista, M.^a Carmen Flórez Pérez, ha prestado un valioso apoyo y adecuada orientación proponiendo, entre otros documentos, la extensa tesina de Maria Teresa Gómez Martín⁴. Dicha autora ha examinado los documentos propios de Cruz Roja y estudiado de forma pormenorizada la prensa local, la producción bibliográfica y el trabajo de las Comisiones Liquidadoras de los haberes de las tropas de aquella época. Sin embargo y a pesar de la abundancia de datos contenidos en dicha tesina, no se ha encontrado en ella el número total de los repatriados militares entre 1898 y 1899. Para ello, hubiese sido necesario acudir a fuentes primarias como las listas de militares atendidos por Cruz Roja⁵ y por los servicios sanitarios militares en cada puerto de desembarque además de comparar dicha información con la relación de los barcos que regresaron de Cuba con los repatriados. Una investigación que desborda el objetivo de este documento. En nuestro caso, hemos utilizado la información que aporta la tesis doctoral de Enrique de Miguel Fernández y sus posteriores artículos. Dicho autor ha conseguido, como lo veremos, formular unas cifras fehacientes por otra vía. Además, estos documentos exponen las razones por las que existe tanta disparidad entre los datos que ofrecen las distintas fuentes en cuanto al problemático cómputo de combatientes, bajas y repatriados. Cabe señalar que dicho autor y Francisco Javier Navarro, en unas ulteriores investigaciones, han conseguido

⁴ —283 páginas—, no publicada y sin fecha exacta de presentación, solo septiembre 2000.

⁵ «Autorizada como institución de utilidad pública por Real Orden de 6 de Julio de 1864. Reconocida como la única institución autorizada para auxiliar a la Sanidad Militar en Campaña [...]». Texto de la portada de las revistas mensuales de la Asamblea Suprema Española de la Cruz Roja Española, definida como una «Asociación para el socorro a heridos en campaña y en calamidades y siniestros públicos». Recordamos que el mandato fundacional de la Cruz Roja Española (1864) nace de la adopción del Convenio de Ginebra de 1864 para el Mejoramiento de las Condiciones de los Heridos y Enfermos de las Fuerzas Armadas en Campaña posteriormente sustituido por el I Convenio de Ginebra para aliviar la suerte que corren los heridos y los enfermos de las Fuerzas Armadas en campaña de 1949.

Ahora bien, parece oportuno señalar la sorprendente actitud del Ministerio de la Guerra. Así, el 1 de septiembre de 1898, el ministro de Guerra, Miguel Correa García firmó la Orden «por la que se impedía a Cruz Roja seguir colaborando en la asistencia a los repatriados» como consecuencia de los rumores que atribuían un origen masónico a la institución (García, 2014: 136). Tan insólita medida provocó un profundo malestar en toda la sociedad y diez días más tarde el Ministerio de Guerra tuvo que rectificar: la institución siguió con su actividad en los puertos de desembarque «sin embargo, la autoridad militar quiso dejar claro, por escrito, que aun valorando adecuadamente la colaboración de Cruz Roja todas sus actuaciones quedaban supeditadas a la autoridad sanitaria militar» —Archivo Cruz Roja Coruña, 1898, carta de 6 de octubre 1898— (García, 2014: 192). En opinión, que se considera acertada, de Alfonso García López la razón que impulsó al Gobierno de Sagasta y a su ministro de Guerra para dictar semejante Orden era que: «apesadumbrados y avergonzados por la negativa propaganda que constituiría el ingreso de los soldados en instituciones privadas preferían mantenerlos en los recintos militares bajo su control» (García, 2014: 193).

establecer la relación de vapores y por ende de repatriados que llegaron a los puertos de desembarco durante el periodo de comienzo de la guerra en 1895 hasta el 3 de mayo de 1898, la llamada «repatriación intermedia».

La tercera fuente de información ha sido la tesis doctoral de Fernando Puell de la Villa que, además de aportar también datos sobre el número de militares implicados en las guerras de Ultramar, incorpora una visión precisa sobre el estado de las Fuerzas Armadas en España en aquellos años convulsos, el impacto que tuvieron en ellas algunas inexplicables decisiones políticas y las consecuencias de la guerra de independencia de Cuba sobre la población española, rural en gran mayoría y desesperadamente paupérrima.

Para terminar, se recomienda la lectura de la minuciosa investigación y de los poemas recogidos en el libro de Alfonso García López. Poemas que demuestran, quizás mejor que la prosa, el indecible sufrimiento de los repatriados. En dicha obra también se expone la labor humanitaria del pueblo gallego y en particular de los coruñeses que se pusieron a disposición de la Cruz Roja para aliviar el sufrimiento de aquellos que regresaban y el de sus familias. Estas últimas, en su mayoría, no tenían los medios ni para acoger ni para, en su caso, enterrar dignamente a sus mozos.

Analizando lo ocurrido, conviene llamar la atención sobre el hecho de que la llamada «generación del 98» está constituida por estos jóvenes repatriados marcados por la experiencia de la guerra a la que se sumará la humillante pérdida de las restantes colonias y la crisis económica, financiera, política y social de una España sumida en la pobreza. Las vivencias de los del 98 alimentaron la ola de pesimismo que marcaría varias generaciones. A estos jóvenes les pertenece ser los primeros que deberían venir a la mente al hablar de la generación del 98. En la actualidad parece que han tomado ese lugar los novelistas, ensayistas, poetas e incluso pintores⁶ designados por este nombre que se nutrieron de los relatos de los derrotados, de las circunstancias que llevaron a la pérdida de las posesiones de ultramar y del estado general de la nación en aquel final de siglo XIX. Posiblemente el sentimiento antimilitarista y pacifista de hoy hunde sus raíces en ese periodo de dolor. Los acontecimientos históricos ulteriores como las guerras africanas, la guerra civil y posterior dictadura no han sido más que el corolario de ese sentir nacido con el retorno de estos soldados más muertos que vivos. Aquí nuestra aportación sobre aquella olvidada generación del 98.

⁶ Por citar algunos de ellos: Baroja, Azorín, Maeztu, Unamuno, Machado, Valle-Inclán, Blasco Ibáñez, Zuloaga.

2. UN DESASTRE ANUNCIADO

Los últimos decenios del siglo XIX fueron tiempos revueltos y es de preguntarse como un estado podía mantener tantos frentes abiertos necesitados todos ellos de miles de soldados. A la vez que en Cuba se inicia, en octubre de 1868 en la finca perteneciente a Céspedes, la insurrección o la llamada guerra Grande que duraría diez años, un mes antes, en la Península se sublevaron militares y civiles para destronar a la reina Isabel II, dando paso al llamado Sexenio Democrático con un gobierno provisional bajo la forma de una monarquía parlamentaria del cual surgió la I República que durará de 1873 a 1874, sustituida por la restauración de la monarquía borbónica de la mano del militar Martínez Campos. El nuevo rey, Alfonso XII, hijo de la reina exiliada en París, siguió necesitando tropas para luchar contra las facciones carlistas en Navarra y Cataluña. Por aquel entonces ya no había suficientes hombres para cubrir todos los frentes, ni armas y aún menos dinero pues el país, además de sus sucesivas crisis políticas, estaba atravesando una grave crisis económica que provocaba manifestaciones y huelgas por todo el territorio.

En 1878, se termina la primera guerra de Cuba con la firma del Pacto de Zanjón. Un tratado de paz que llevaba en sus términos el germen de la segunda guerra. Así, el ejército independentista capituló ante las tropas españolas sin hallar algún acuerdo satisfactorio en cuanto a las dos causas que originaron el conflicto: la independencia de Cuba y la abolición de la esclavitud.

En este apartado retomamos las cifras aportadas por Fernando Puell de la Villa para tomar conciencia de la amplitud del desastre humanitario que supuso aquel primer conflicto:

Durante los diez años de guerra se enviaron a Cuba 181.040 soldados. Algo menos de la mitad de ellos —exactamente 81.248— recibieron sepultura en la Isla; de éstos, sólo un ocho y medio por ciento murieron en acción de guerra. Otros 25.122 inútiles y enfermos graves tuvieron que ser repatriados, calculándose que un diez por ciento de ellos fallecieron en el viaje de regreso (Puell, 1996: 252).

Dicho autor también nos aporta una advertencia interesante sobre el estado de ánimo de las tropas y su nueva función social:

[D]esde la liquidación del ejército expedicionario cubano en 1878, y por primera vez en su historia, el ejército español perdió su razón

de ser -es decir, dejó de ser un instrumento a disposición del ejecutivo para hacer la guerra-, y se transformó en el principal aparato represivo del Estado en su lucha contra las reivindicaciones populares [...]. Años grises y sin contenido, de encierro en los cuarteles, añorando el terruño, durante los cuales la tropa llegó al convencimiento de que lo único que se esperaba de ellos era que actuaran como reserva de la policía en los conflictos sociales y comparsas de la parroquia o el ayuntamiento en los festejos populares. (Puell, 1995: 254 y 255).

El periodo entre la guerra de los Diez Años⁷ y el principio de la guerra de independencia cubana en 1895, no fue pacífico y la opinión pública en relación con el ejército fue cambiando. Así, por ejemplo, en 1893, los anarquistas iniciaron una «campana de desprestigio de los mandos militares ante la tropa» y debido a las miserables condiciones en las que vivían los reservistas movilizados «empezaron a cuestionarse la utilidad y necesidad del servicio militar, así como la propia existencia del ejército». Una de las cuestiones más polémicas era la injusticia de la redención en metálico (Puell, 1995: 33 y 38).

En estas circunstancias empezó el segundo conflicto, la llamada guerra de independencia, que se nutrió, ya en sus primeros años, de tropas formadas por jóvenes con carencias en cuanto a su adiestramiento y formación que provenían de familias paupérrimas pues ingresaban en el ejército con el certificado de «pobre de solemnidad» (Miguel Molina Martínez, *apud* Gómez, 2000: 7). Con el hundimiento del *Maine* en 1898, la guerra de independencia se convertirá en un conflicto de dimensión internacional y como así advierte Sagasta a la reina regente, en su mensaje de 21 de abril de 1898: «el Gobierno fue a la guerra consciente de las nulas posibilidades de alcanzar el triunfo» (Puell, 1995: 42).

3. EL PERFIL DEL SUPERVIVIENTE, FUTURO REPATRIADO MILITAR

3.1. ¿QUIÉNES ERAN?

El servicio militar era obligatorio para todos los españoles y tenía una duración de tres años. Una vez cumplido el servicio militar, los soldados

⁷ Seguida por la guerra Chiquita 1879-1880.

formaban la llamada reserva activa como así lo recogía la Constitución española de 1876. En aquella época el servicio militar se cumplía a partir de los diecinueve años que pasaron a ser veinte de 1899 en adelante. El sistema de quintas (sorteo de uno de cada cinco mozos) servía para cubrir las necesidades del ejército, además de los que se alistaban voluntariamente. Las tropas de Ultramar estaban constituidas por los jóvenes que cumplían su servicio militar, los que una vez terminado este se quedaban, los voluntarios y los quintos. Sin embargo, el sistema permitía eludir el alistamiento a la juventud acomodada lo que provocó que la mayoría del ejército de Ultramar fuese constituido por los jóvenes más pobres de la Península. Había tres vías para no ser alistado: por el excedente de cupo, en cuyo caso el futuro militar pasaba a integrar una reserva de ocho años de duración, por sustitución y por la redención en metálico. El joven procedente de una familia adinerada, muchas de ellas con intereses económicos en la isla, tenía dos formas legales para poder evitar su alistamiento: pagando a un sustituto o pagando 2.000 ptas. Se estima que en el periodo de 1896 a 1898, 62.000 jóvenes se acogieron al sistema de redención. Por ello, cuando comparamos esta cifra con el total de soldados mandados a las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas vemos que los ejércitos estaban principalmente constituidos por los más pobres del país, los que no pudieron ni ser sustituidos ni pagar la redención (Miguel, de, 2011: 100).

Estas palabras del libro de Juan Soldado de 1899⁸ describen, de forma desgarrada, la realidad de los que componían las tropas españolas:

A las Antillas y a Filipinas marchó, no la juventud española sino la flor de la juventud proletaria de España; la menos interesada, por ella y por sus familias, en el éxito afortunado de nuestras espantosas guerras coloniales; [...] la que sólo percibió que los que tuvieron dos mil pesetas para entregarlas al Estado quedaron tranquilos en la Península, mientras que quien no las pudo reunir parecía en la manigua cubana y en las selvas vírgenes del archipiélago magallánico, maldiciendo los egoísmos afrentosos de los que predicaban la guerra a todo trance desde su hogar pacífico y sosegado o desde la redacción animada y suntuosa de un diario de rotativa (Juan Soldado, *ápu*d Gómez, 2000: 77).

⁸ Titulado: *El ejército como viva representación de la patria, ha de contribuir poderosamente a su regeneración con el establecimiento del servicio militar obligatorio*, Ed. Domingo Sar, Vitoria, 1899.

3.2. ¿CUÁNTOS ERAN?

Averiguar el número de los soldados mandados a la guerra y repatriados ha sido una tarea ardua para los investigadores. Enrique de Miguel Fernández demuestra en su tesis que conseguir este objetivo fue un trabajo delicado y difícil de llevar a cabo⁹. Además, algunas fuentes deben ser utilizadas con precaución pues estas cifras fueron también utilizadas como medio de propaganda para un bando como para el otro y también frente a la opinión pública de los cubanos, americanos y españoles. Incluso, en algunos casos, la información llegó a ser contradictoria en la correspondencia intercambiada, encriptada o no, entre los mandos del ejército español o con el Gobierno¹⁰.

Cuando comienza la última guerra de independencia cubana con el «grito de Baire», el 23 de febrero de 1895, el capitán general de la isla era Emilio Calleja y el ejército español lo constituían únicamente 15.900 hombres¹¹ a los que se añadirían los llegados en las nueve expediciones ulteriores¹² hasta sumar un total de 125.884 según los datos de Valeriano Weyler¹³ que no coinciden exactamente con los aportados por Fernando Soldevilla¹⁴

⁹ Otro investigador, Octavio A. Delgado afirma que «las estadísticas relacionadas con los embarques de tropas a Cuba son muy difíciles de localizar. Nadie hasta ahora ha sido capaz de estimar los totales con cierto grado de seguridad» (O. A. Delgado, *The Spanish Army in Cuba, 1868-1898: An Institutional Study*, ápod Miguel, de, 2011: 185).

¹⁰ A lo que se puede añadir las dificultades dirimidas de la incorrecta transcripción y errores (en tiempos en los que no existían recursos informáticos) sobre el número de pasajeros por barco, sus nombres, funciones, proveniencia (de Puerto Rico o de Cuba), etc. «Existen errores (“ruidos”) en la transmisión y lectura de los telegramas, con lo que las cifras de un mismo acontecimiento son distintas según el medio». (Miguel, de, 2010: 247). Incluso a la llegada de los navíos no había consenso en cuanto al número de los repatriados desembarcados, el caso del vapor *Colón* es un buen ejemplo: «El barco llegó a La Coruña el 4 de noviembre de 1898, siguiendo después su viaje a Santander, donde atracó dos días más tarde. El *New York Times* publicó que salieron de La Habana 182 oficiales y 1.571 soldados, en total 1.753 hombres. *El Diario de Barcelona* de 5 del mismo mes cifraba en 1.854 los pasajeros que llegaron al puerto gallego, de los que 603 eran soldados; por el contrario, *La Voz de Galicia* afirmó que llegaron 1.834 soldados, de los que 642 quedaron en La Coruña, continuando viaje a Santander 957[...]» (Miguel, de, 2010: 247).

¹¹ Según Puell de la Villa, después de 1893 la guarnición de Cuba había quedado reducida a 13.842 hombres, más 4.530 guardias civiles, 176 policías y 943 voluntarios con sueldo (F. Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España (2003)* ápod Miguel, de, 2011: 189) es decir un total de 19.491 hombres.

¹² No hay consenso sobre el número exacto de llegadas en algunas de estas expediciones. Para nuestro trabajo esta cifra no necesita ser exacta sino que pretendemos dar un orden de idea sobre los varios miles de hombres que han tomado parte en estas guerras.

¹³ Weyler llega a la Habana el 10 de febrero de 1896 (Miguel, de, 2011: 178).

¹⁴ En el cuadro de Enrique de Miguel se ve que las cifras de Soldevilla son distintas y este llega a un total de 129.269 hombres (Miguel, de, 2011: 83).

(V. Weyler, *Mi mando en Cuba*, (1910), ápuđ Miguel, de, 2011: 81 y 83). Por su parte, el Ministerio de Guerra indicaba que las fuerzas enviadas a Cuba hasta el 31 de diciembre de 1896 sumaban 176.066 hombres pertenecientes a cinco cuerpos de armas distintos a los que habría que añadir guardias civiles, policías y voluntarios con sueldo (Miguel, de, 2011: 203).

En septiembre de 1897¹⁵, Weyler comunica que las fuerzas de su ejército eran de 165.427 en revista y 28.972 enfermos además de 21.783 voluntarios movilizados y 919 voluntarios enfermos. Las investigaciones de Enrique de Miguel Fernández establecen como más probables que «hasta el 10 de septiembre de 1897 habrían sido (los envíos) de 182.066 hombres, las bajas por muertos y retornos 54.457 —aceptando las cifras de Weyler— y las fuerzas en revista de 140.609». A finales de 1897 y desde que comenzó la guerra los envíos totales ascenderían a 199.000 hombres a los que se pueden sumar los últimos 16.924 enviados en 1898, en total, unos 216.000 hombres fueron destinados para esta guerra (Miguel, de, 2011: 213, 214 y 218).

Para conocer cuántos de estos hombres llegaron como repatriados a la Península hubo que encontrar una cifra de partida a la que se sumaron las expediciones de tropas durante la guerra y restar las bajas tanto de ida a Cuba, en Cuba por combate o enfermedades y los fallecidos al regresar. El resultado, según la compleja investigación de Enrique de Miguel Fernández y Francisco Javier Navarro es que 46.496 hombres volvieron durante la campaña (Miguel, de, y Navarro, F.J., 2013: 19) y 134.000 al terminarla según los datos recogidos al llegar estos a los distintos puertos de la Península teniendo en cuenta que, en 1898, regresaron también soldados negros y voluntarios cubanos entre los repatriados (Miguel, de, 2011: 221 y 222).

En resumen, durante la guerra de los Diez Años se mandaron 181.040 soldados a Cuba, según las cifras de Fernando Puell de la Villa. Para la guerra de la Independencia, 216.000 hombres cruzaron el Atlántico de los cuales regresaron 180.496¹⁶ retomando los datos de Enrique de Miguel Fernández, como expuesto en el párrafo superior. Además es interesante aportar que «la cifra de soldados españoles que permanecieron en Cuba al terminar la contienda fue inapreciable» según el planteamiento de Enrique de Miguel Fernández (Miguel, de, 2010a: 244). En total, según los investigadores citados, 397.040 hombres fueron embarcados para las dos principales guerras de Cuba de 1868-1878 y de 1895-1898. Una cifra que será retomada más adelante.

¹⁵ «El día 4 de octubre cambiaba el Gobierno y el día 9 aparecía en la *Gaceta* el relevo del general Weyler por Blanco» (Miguel, de, 2011: 217).

¹⁶ En esta cifra están también incluidos soldados negros y cubanos pero a efectos de nuestro análisis esta cifra no es significativa.

4. LA REPATRIACIÓN

Para que fuese firmado el Tratado de Paz en París a finales de 1898, España no tuvo otra alternativa que aceptar las condiciones impuestas por los Estados Unidos en agosto de ese mismo año: renunciar a cualquier pretensión sobre Cuba y proceder a la inmediata evacuación de las tropas estacionadas en esta y en Puerto Rico. España no tuvo que abonar una indemnización pecuniaria por daños de guerra pero se vio obligada a la cesión de Puerto Rico y demás islas bajo soberanía española en las Indias occidentales. España aceptó todas las condiciones impuestas en el Tratado sin haber considerado algún plan de retorno y acogida de sus tropas en la Península (Gómez, 2000: 36 y 37).

En consecuencia, España se encontró con que tenía de plazo hasta el 1 de diciembre de 1898 para completar la repatriación de sus soldados y material. Un plazo imposible de cumplir si examinamos el ritmo al que se trasladaban las tropas según reflejaban las estadísticas: «desde el 16 de agosto hasta el 1 de octubre [...] embarcaron para la Península, 4.666 hombres en 7 expediciones». Los puertos de desembarque inicialmente previstos eran solo los de La Coruña, Santander y Vigo pero en octubre, bajo la continua presión de los americanos y ya con su capacidad de acogida desbordada, el Gobierno español tuvo que acondicionar los puertos de Barcelona, Valencia, Málaga y Cádiz. Algunos detalles son ilustrativos de la magnitud de la tragedia de aquellos meses como la limitación de embarcar en cada vapor entre 500 y 1.000 enfermos para evitar en palabras textuales del ministro de Guerra el general Blanco: «que se repita lo ocurrido en la repatriación de los enfermos de Santiago de Cuba que se hacinaban en buques de modo inhumano ocasionándose por ello agravación de las dolencias, aumento extraordinario de defunciones y un clamor justo de sentida protesta en el país». En noviembre, los americanos conceden una prórroga de un mes para que la evacuación se terminará «a las 12 en punto del día 1 de Enero de 1899, o antes si fuera posible» (Gómez, 2000: 54, 59, 60 y 61).

Por ello, en base a un acuerdo alcanzado con el Ministerio de Marina, la Compañía Marítima Trasatlántica puso toda su flota a disposición para el transporte de las tropas, incluso sus buques carboneros que ya es mucho decir¹⁷. Los gastos de transporte de la naviera fueron en parte pagados por los americanos. Para dar una idea de la envergadura de la acción empre-

¹⁷ «España poseía entonces las unidades de Trasatlántica principalmente, los cruceros-auxiliares comprados en su día por el Ministerio de Ultramar y los buques mixtos de carga y pasaje de las Compañías Prats, Pinillos, Arrótegui, Serra y algunas más» (González, 1964: 188 y 189).

didada, retomamos aquí la petición del general Blanco en septiembre de 1898 que solicitaba contar con «120 trasatlánticos lo menos» (Gómez, 2000: 130). La necesidad de cumplir con los plazos impuestos obligó a contratar una numerosa flota extranjera de Alemania, Francia e Inglaterra. En su truculento artículo sobre la vida de cada uno de estos buques, Rafael González Echegaray nos dice:

La historia de la repatriación es dolorosa, humillante, ejemplar y silenciosa [...]. Hoy nuestro recuerdo, concretamente, es para los *cirineos* de pabellón extranjero que nos ayudaron en el tiempo record que exigieron los americanos. Hasta 21 buques trasatlánticos no españoles vinieron a echarnos una mano en aquel apuro, [...].

Si se compara esta operación naviera con la que en 1895 y 1896 realizó entusiásticamente la propia Trasatlántica, a la inversa, para el envío extraordinario y urgente de tropa a ultramar nos podemos dar una idea exacta de cuánto estaba implicando la derrota en la marcha económica del país. Los soldados fueron en diez veloces transatlánticos que compró la Compañía entre lo más florido de las flotas mundiales de vapores correos; las sombras de los soldados —disenterías, fiebre amarilla, tifus y malaria— regresaban en veinte transportes de medio pelo, viejos y cachazudos (salvo alguno que otro) sacados a lazo de todas las rutas comerciales. *Vae victis* (González, 1964: 185 y 192).

Las enfermedades que padecían los soldados y causa principal de su muerte, incluso mayor que las bajas en combate, fueron la fiebre amarilla, disentería, paludismo, tuberculosis y anemias. En los puertos de llegada se habilitaron hospitales para cuidar y mantener a los enfermos y heridos en cuarentena y, posteriormente, trasladarlos a los hospitales de Valladolid, Burgos, Vitoria, Lugo, Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Zaragoza. Para evitar disturbios en la capital, el Gobierno dio la orden de solo utilizar como último recurso los hospitales de Madrid, Alcalá de Henares, Guadalajara y Cuenca. En el último trimestre de 1898, la autoridad militar acordó con la Cruz Roja que esta se encargaría de acudir a la llegada de los barcos. Asimismo, la Compañía Trasatlántica avisaba directamente a la Cruz Roja de las llegadas de sus buques. La asistencia aportada era sanitaria y también con víveres, suministros farmacéuticos y con el personal necesario para sacar con camillas o a hombros los enfermos de las bodegas de los buques. En realidad, CRE tenía ya a finales de enero de 1898 previsto un plan de actuación completo para que los repatriados vieran todas sus necesidades básicas cubiertas como los cuidados médicos tanto en el desem-

barque como en domicilio, víveres, ropa, aparatos ortopédicos, auxilio en el proceso de traslado, ayuda para los funerales y entierros. (Gómez, 2000: 128, 129, 130, 135, 149, 150 y 195).

Cabe destacar también otro dato muy interesante:

Así como el número de repatriados y los fallecimientos en las travesías se conocen con gran aproximación, ya no son tan seguros los datos de que disponemos sobre los que murieron en los hospitales de la Península, sobre todo cuando la censura no dejó en ciertos casos que se publicaran y las relaciones del DOMG¹⁸ son incompletas y con muchas repeticiones (Miguel, de, 2010b: 297).

Lo que precede pone de manifiesto que todavía está pendiente la recopilación de la información contenida en los anales de la Cruz Roja nacional y compararla con aquella publicada por la prensa de la época así como con los valiosos datos de las investigaciones llevadas a cabo para conseguir el cuadro completo que permita evaluar el impacto social provocado por la llegada de esos miles de repatriados en tan aciagas condiciones.

Al hilo de lo sugerido en el párrafo previo, es de justicia mencionar que, por una parte, la intervención humanitaria de la CRE fue planificada y coordinada por todo el territorio: «[U]n plan logístico de la institución que se extendió a todo el territorio nacional. Tanto a puertos de desembarco como a nudos ferroviarios estratégicos y sanatorios del interior» (García, 2014: 147). Convirtiendo a la sociedad nacional en la primera en Europa que llevó a cabo una intervención de tal envergadura. Por otra parte, cómo la mayoría de los repatriados eran jóvenes gallegos, retomar las palabras de Alfonso García López que nos dice: «[E]l pueblo gallego y Cruz Roja Española, en perfecta unión, desarrollaron una labor humanitaria digna de encomio, en un marco de penuria económica y nula colaboración de las instituciones públicas, digna de resaltar y fijar en la memoria colectiva» (García, 2014: 147).

En efecto, por una serie de circunstancias, los puertos de La Coruña y de Vigo fueron los que más repatriados acogieron en comparación con los puertos de Cádiz, Santander, Málaga, Alicante, Valencia y Barcelona. Además, La Coruña contaba con el Hospital Militar, el Hospital de Caridad y el

¹⁸ El Diario Oficial del Ministerio de la Guerra.

Sanatorio Regional de Cruz Roja¹⁹ para atender a los cientos de enfermos y heridos. Estos establecimientos fueron incluso insuficientes para atender a todos los necesitados pero ninguno de los demás puertos oficiales tenía una infraestructura equivalente (García, 2014: 149). En la ciudad coruñesa, los repatriados que llegaban en mejores condiciones físicas se dirigían directamente hacia sus respectivos acuartelamientos en espera de la orden que les permitiría regresar a sus hogares. Alfonso García López retoma las palabras del poeta y escritor gallego Eladio Rodríguez en la Memoria de 1902:

Nuestras calles sirvieron durante muchos días y meses de obligado itinerario a aquellas procesiones de restos casi inútiles de una juventud que había sido lozana, robusta y briosa (García, 2014: 169).

5. EL IMPACTO EN LA POBLACIÓN Y REPERCUSIONES EN LAS SIGUIENTES GENERACIONES

En este epígrafe se aportarán dos tipos de datos, por una parte, algunas cifras sobre el estado de la población y por ende de las tropas de aquella época y, por otra, expondremos alguna información sobre el rol de la prensa que con sus artículos causó gran impacto y provocó la solidaridad de todo un pueblo.

Estos datos sociales son significativos para entender el desastre de 1898 y su impacto en la población, veamos:

A finales del siglo XIX, España era un país atrasado respecto a otros europeos que habían subido antes al tren de la industrialización. Con 18,1 millones de habitantes, su tasa de mortalidad llegaba al 28,2 por mil y la esperanza de vida era sólo de 29 años, frente a los 45 de Inglaterra o los 50 de Suecia. [Ú]nicamente un 36 por ciento de la población sabía leer y escribir (Miguel, de, 2011: 230).

¹⁹ En el sanatorio: «La primera actuación consistía en inscribir las altas en el libro registro correspondiente, con indicación de: número de registro, lugar al que se dirigirían, regimiento al que estaban adscritos, diagnóstico, entrega de vestuario y cama asignada, etc. Los servicios del sanatorio comunicaban a las autoridades militares los datos relativos a los soldados que quedaban ingresados; cuando salían hacia sus destinos se anotaba la fecha y las observaciones oportunas» (García, 2014: 169).

Por ello, no es de sorprender que las condiciones sanitarias del ejército español incluso en la Península eran deplorables: «En el periodo de 1878 a 1898, su tasa de mortalidad era del 13,49 por mil, la más alta de los ejércitos europeos [...], Alemania el 3,97 por mil» (M. Gracia Rivas, *ápud Miguel*, de, 2011: 231). Resulta fácil entender que al embarcar para Cuba muchos de los soldados no gozaban de buena salud, recordamos que eran jóvenes malnutridos por pobres. Llegados a Cuba su salud se deterioraba aún más por una mala alimentación, la mala calidad del vestuario y del calzado, las enfermedades tropicales, la falta de medicamentos y de agua potable. Estas son las razones por las que hubo muchas muertes por enfermedades «superando el 20 % de los militares llevados. Un 50 % de los hombres de cada reemplazo caían enfermos después del primero o segundo mes del desembarco» (M. Gracia Rivas, *ápud Miguel*, de, 2011: 233).

Por otra parte, parece importante resaltar el impacto demográfico que tuvieron las dos guerras de Cuba en un país con unas condiciones sociales tan atrasadas. En 1887²⁰ en España había 17,8 millones de habitantes de los cuales embarcaron para las dos guerras consideradas 397.040 hombres, es decir, el 2,23 por ciento de la población. Si aplicásemos ese mismo porcentaje a la población actual de 46.468.102²¹ personas es como si se hubiesen mandado 1,04 millones de ciudadanos a la guerra.

Se puede afinar esta comparación tomando como referencia el número de varones, 4,43 millones, entre diecinueve y sesenta años en 1887²². En consecuencia, el nueve por ciento de la población activa masculina fue a la guerra. Una cifra que permite afirmar que tuvo un impacto enorme ya no solo social sino económico por la fortísima disminución de la fuerza laboral en un país que ya atravesaba una crisis económica agudizada por la pérdida de las colonias. Los muertos y los repatriados fueron tan numerosos que pocas familias no vivieron el desgarramiento de una pérdida, el de presenciar la enfermedad o invalidez de un familiar.

Lo expuesto aquí arriba da cabida a las siguientes palabras:

La inmediata consecuencia fue que los españoles evolucionaron hacia el pacifismo, y por ende hacia el antimilitarismo, rompiendo con su larga tradición guerrera y a contracorriente del resto de la opinión

²⁰ Fondo documental del Instituto Nacional de Estadística, Resúmenes generales de la clasificación por edad, Censo de 1887. p. 3/27 PDF y 445 del original. <http://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispatcher.do?td=194167&ext=.pdf>

²¹ Datos Instituto Nacional de Estadística (INE): http://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176951&menu=ultiDatos&idp=1254735572981

²² Ob.cit. Censo de 1887.

pública europea de la época. Los jóvenes que se incorporaron al servicio militar, en los primeros años de nuestro siglo, acudieron al cuartel no sólo renegando de su mala suerte, como era normal hasta aquel momento, sino también en contra de sus convicciones más íntimas y conscientes además de que el resto de la sociedad respaldaba su postura (Puell, 1996: 266).

En cuanto al rol de la prensa, sabemos que los periódicos de la capital no tardaron en criticar vivamente la desorganización en la atención prestada a los repatriados pues el espectáculo en las estaciones de trenes era tan espantoso que incluso *El Imparcial* acusó al Gobierno de haber mandado instrucciones que aquellos soldados con destino al centro de la Península no pasarán por Madrid. La prensa en general se volcó informando sobre el estado de estos repatriados y se hizo eco de las necesidades de ayuda humanitaria. Un buen ejemplo de ello fueron los periódicos el *Faro de Vigo*, el *Imparcial* o el *Diario del Comercio* (Gómez, 2000: 168 y 172).

Ilustra este estado de ánimo la información del corresponsal de *El Liberal* que telegrafió el 18 de septiembre de 1897 desde Santander con la crónica de la llegada a dicha ciudad del *Isla de Panay*, que había partido de La Coruña unos días antes con los soldados no desembarcados allí. «Según el corresponsal parecían verdaderos cadáveres, muchos tuvieron que ser bajados del barco en brazos de los individuos de la Cruz Roja y de algunas mujeres del pueblo que se prestaron voluntariamente a ese penosísimo trabajo». Añadiendo en dicha crónica que «otros vivirían poco y que la población estaba tristemente impresionada» (Miguel, de, 2011: 280).

El revuelo que provocaron estas llegadas fue tan grande que la opinión pública se puso en contra del Gobierno. «Quizás la llegada del *Isla de Panay*, junto con la pérdida de Victoria de las Tunas, tuvo una influencia que resultó definitiva para la caída del gobierno conservador unos días más tarde y la formación de otro liberal». (Miguel, de, 2011: 281).

Siguiendo esta línea sobre el impacto en la población, citamos las palabras de Alfonso García López que, después de aportar el dato del gasto material que supuso la guerra de Cuba para España, recuerda que al terminar esta «se puso de moda una frase que ha llegado a nuestros días, entre pesimista, nostálgica, jocosas y resignada: ¡Más se perdió en Cuba!». Además, el mismo autor expone: «[L]as consecuencias inmateriales fueron dolor, pesimismo, impotencia, resignación fatalista, desconfianza en el futuro, huella en la mente e instalación de un cierto complejo de inferioridad en los españoles» (García, 2014: 133).

Se considera que sería necesario abundar en el estudio de los datos sociales pero partiendo de esta base se cree que no es cosa temeraria afirmar que la sociedad ya no quería oír hablar de guerras. El orgullo nacional de ser una potencia internacional había desaparecido, España lo había perdido todo y de forma humillante. Era un país pobre, en crisis, traumatizado y además sin fuerza de trabajo. Convertirse en un país pacifista no fue una elección fue la consecuencia de un trauma. Cerramos este epígrafe recordando lo que sucedió unos años más tarde:

El aumento del número de prófugos, la desbandada de reservistas en 1909, que hizo necesario vigilar puertos y fronteras, las llamadas angustiosas a los periodistas de los soldados de Melilla para que les devolvieran a la Península, los suicidios en los campamentos, etc., eran síntomas evidentes de un cambio de actitud generalizado, que no podía encubrir la mitificación del cabo Noval como muestra de la permanencia de las virtudes tradicionales del soldado español (Puell, 1996: 271).

6. CONCLUSIÓN

El conflicto bélico y sus facetas políticas, militares y económicas han sido estudiados de forma extensa y, sobre todo, con motivo de los actos de conmemoración del centenario de la derrota española ante los americanos. Los periodistas de aquella época utilizaron el término de «cadáveres vivos» como la expresión que mejor describía el estado de los militares que desembarcaron o fueron desembarcados en la Península. Sin embargo la organización, el proceso mismo de repatriación y la red de ayuda constituida en la Península para aliviar el sufrimiento de estos militares no ha sido tema de igual interés. Multitud de ciudadanos anónimos y los voluntarios de CRE han sido testigos del estado en el que llegaban los repatriados aportando lo que llamaríamos hoy «una atención integral» hasta acompañar en el entierro e incluso sufragar sus gastos. En aquella época, con la divulgación de la información a través de su revista o boletines provinciales, Cruz Roja creó una forma de llegar al conjunto de la población, captar socios, fondos y así constituir su red de voluntarios. Una actuación precursora en una operación humanitaria de gran envergadura, posiblemente la primera de semejantes dimensiones llevada a cabo por una Cruz Roja nacional en Europa. Además, la abundante literatura que tiene CRE sobre su despliegue y actuación puede ser de gran utilidad para la investigación, que todavía queda por realizar, sobre el impacto sociológico de aquella guerra en el conjunto de la población.

Al margen de llamar la atención sobre la conveniencia de profundizar en el estudio de la operación humanitaria, quisiera concluir con una reflexión sobre el profundo efecto traumático que supuso para la sociedad española el cúmulo de dramas individuales que generó aquel conflicto. Los repatriados entraron a formar parte de listas anónimas de beneficiarios de ayudas o de fallecidos pero es de justicia recordar cada número de aquellas listas por representar a un joven que, bien vivo o muerto, condicionaría la vida de su familia y varias generaciones marcadas por esa tragedia. Además, el drama de la derrota sería acrecentado por la generación de intelectuales del 98. El pesimismo marcó algunos de los mejores escritores, poetas y filósofos de este país que, con sus trabajos, influenciaron un sentir nacional que perdura todavía hoy día. Aquellos «cadáveres vivientes» han sido las raíces de un sentimiento antimilitar y pacifista ulteriormente alimentado por las derrotas africanas, una guerra civil y posterior dictadura, circunstancias históricas que pueden explicar la generalizada falta de cultura de defensa de la España actual.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Convenio de Ginebra para aliviar la suerte que corren los heridos, los enfermos y los náufragos de las fuerzas armadas en el mar, 1949 (II CG-1949): <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/treaty/treaty-gc-2-5tdkwc.htm>
- García López, A., *Cruz Roja y Galicia. Unidas por la Historia: 1864-1900*, A Coruña: Primerapersona, Septiembre 2014.
- Gómez Martín, M. T., «La Repatriación del Ejército de Ultramar 1898-1899. El sistema de ayudas: auxilios y donaciones». Trabajo de investigación de Tercer Ciclo. Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, UCM, 2000.
- González Echegaray, R., «Los Cirineos de la Repatriación», *Revista General de Marina*, agosto-septiembre, 1964.
- Miguel Fernández-Carranza, E. de., «Las tropas españolas en la Guerra de Cuba: de las estimaciones especulativas a la cuantificación», *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, n.º 85, 2010(a). http://www.racv.es/institucional/files/TROPAS_ESP_GUERRA_CUBA.pdf
- Miguel Fernández-Carranza, E. de., «Un balance de la repatriación de Cuba: los fallecidos. El caso del batallón expedicionario del Regimien-

- to de Infantería Soria N° 9», *Boletín de la Real Academia de la Historia* – Tomo CCVII Cuaderno II, mayo-agosto de 2010(b), pp. 294-332.
- Miguel Fernández-Carranza, E. de., *Azcárraga-Weyler y la conducción de la guerra de Cuba*. Tesis doctoral. Departamento de Historia, Geografía y Arte, Universidad Jaume I de Castelló, 2011.
- Miguel Fernández-Carranza, E. de., y Navarro Chueca, F.J., «La repatriación intermedia durante la Guerra de Cuba (1895-1898)», *Revista Digital de la Real Academia de Cultura Valenciana*, 2013: <http://www.racv.es/institucional/files/La-repatriacion-intermedia-durante-la-Guerra-de-Cuba.pdf>
- Nahlik, Stanislaw E., «Compendio de Derecho Internacional Humanitario: Abreviaturas». Separata de la *Revista Internacional de la Cruz Roja*, vol. 64, julio-agosto 1984: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/misc/5tdmrc.htm>
- Pictet, Jean, «Desarrollo y Principios del Derecho Internacional Humanitario». Curso dado el mes de julio de 1982 en la Universidad de Estrasburgo, 1982: https://www.icrc.org/spa/resources/documents/misc/desarrollo_y_principios.htm
- Puell de la Villa, F., *Origen, vida y reclutamiento del infante español (1700-1912)*. Tesis doctoral, UNED, 1995: Capítulo 8 mandado expresamente por el autor.
- Puell de la Villa, F., *El soldado desconocido. De la leva a la «mili» (1700-1912)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.